

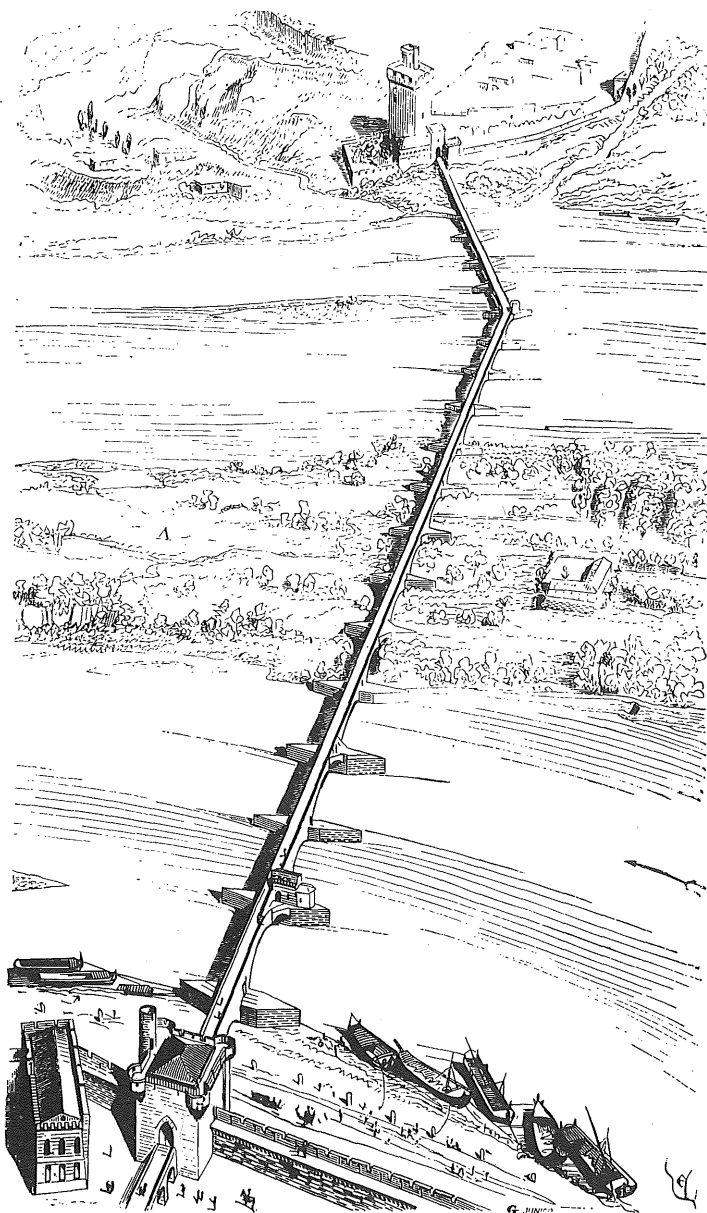
# ¿Por qué profanar el lago?

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

*Se ha señalado con cierta reiteración por parte de artistas y filósofos, que todo proceso de innovación espiritual en las relaciones del hombre con el mundo, es solidario de una renovación del paisaje (entendiendo el término paisaje como un concepto que lleva implícito, tanto el conocer como construir el entorno donde el hombre habita). ¿Nos acercamos o estamos ya inmersos en un cambio de paisaje?*

*El cruce de tantas informaciones diferidas, hace que el conocimiento del hombre actual, en relación con su medio, se presente como un cúmulo de datos difíciles de manejar y sobre todo de encajar en los contrastes que ha de soportar en el marco de su vida habitual.*

*En el contexto de la denominada «cultura occidental», aflora, después de la segunda guerra mundial, una corriente naturalista que fija sus raíces en el retorno del hombre hacia la naturaleza, tal vez sus principios se pueden observar en los prolegómenos de la REFORMA europea. Sus pretensiones, hacer la vida más apacible en un disfrute de la naturaleza, donde la razón pueda descansar de tanta angustia codificada y sobre todo paralizar la destrucción sistematizada del medio natural. Esta corriente se canalizaría más tarde en esquemas de acción o intervención política concreta, llegando hasta nuestros días a tomar*

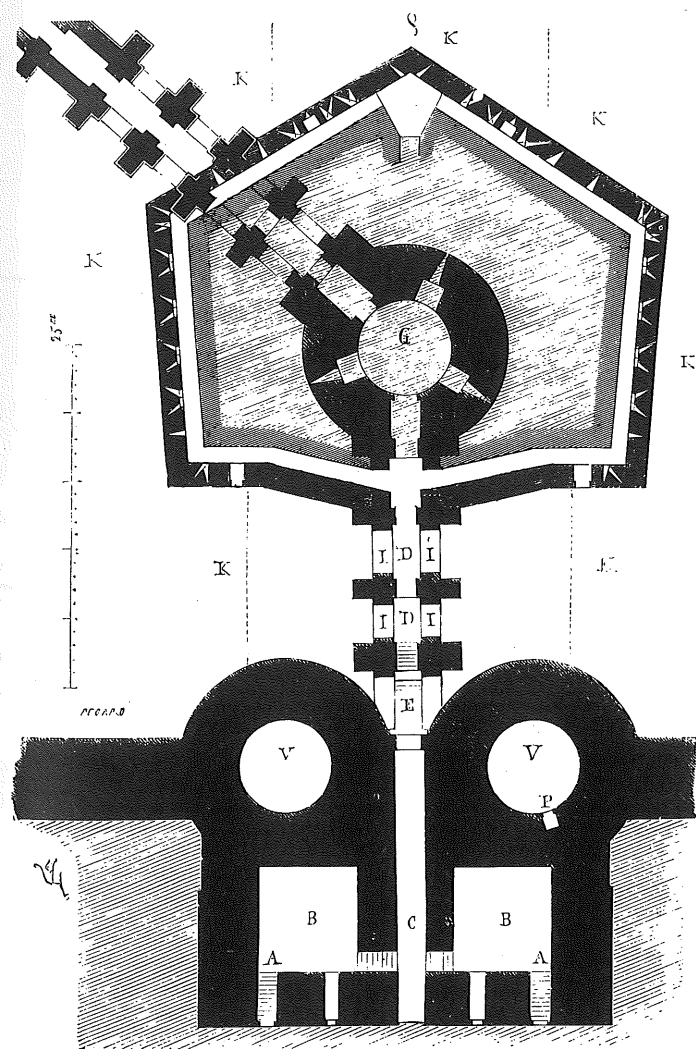


una forma más precisa en los movimientos ecologistas de significativa actualidad.

Esta actitud naturalista, este panteísmo contemporáneo, estaría en parte justificado ante la presión ejercida en la construcción del paisaje por la racionalidad codificada, que se remonta a los albores de la cultura grecolatina, que fundamenta su imagen de una manera elocuente con la perspectiva renacentista, y su lógica con la trama cartesiana, presupuestos ambos que servirían de base para la construcción del «nuevo paisaje preindustrial» en los siglos XVIII y XIX.

El espacio en el paisaje neoclásico siempre se manifestó como una construcción ambigua, cuando no contradictoria, su pretensión fue la de alcanzar una integración entre naturaleza y arteificio, configurando si era necesario un «artificio naturalista», como bien refleja la espacialidad neoclásica. La naturaleza debía ser dominada y construida bajo la «ratio aurea».

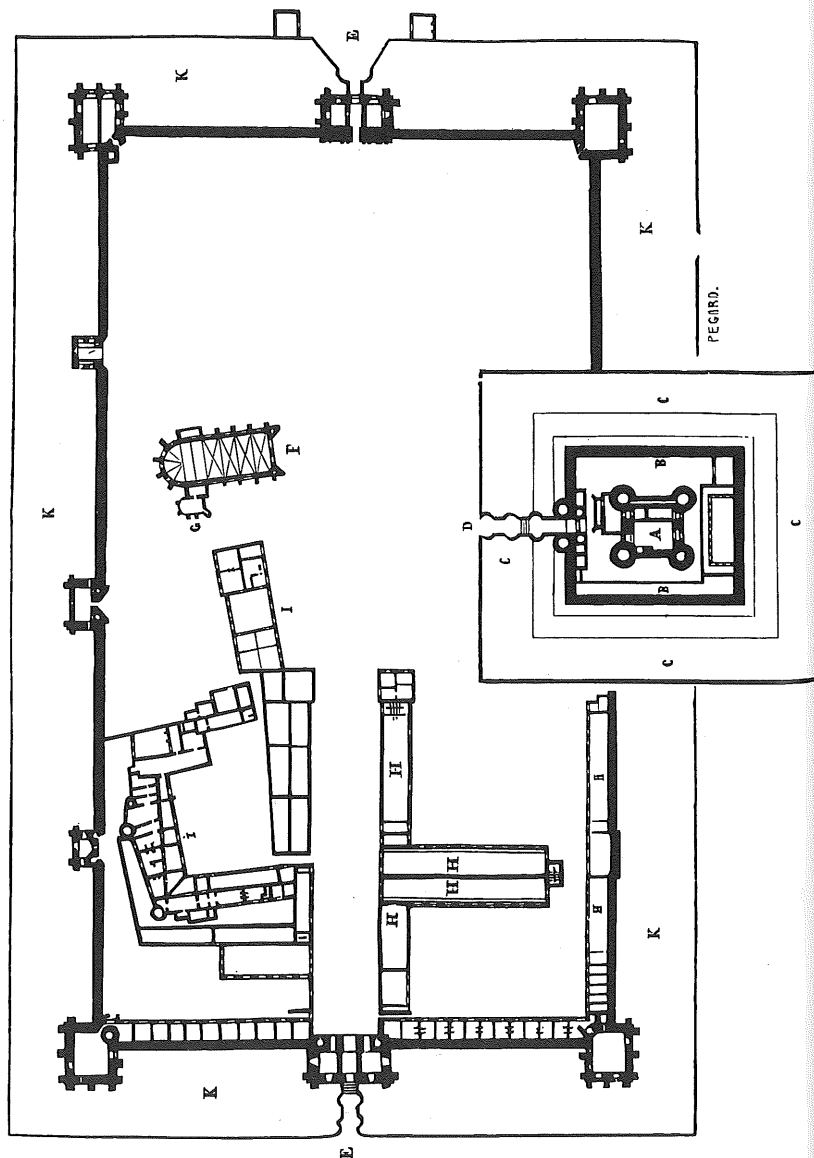
Los constructores del paisaje preindustrial fueron más radicales, pues ni siquiera intentaron mediar o pactar con la condescendencia romántica, que trataba de encajar la plaza de armas con el parque urbano, o con la cándida actitud de los urbanistas ingleses del siglo XIX, contemporizando con la ideología del verde, y soñaba con la ciudad jardín dispersa en el tejido que surgía en el nuevo paisaje de los artefactos industriales. Estos promotores preindustriales devas-



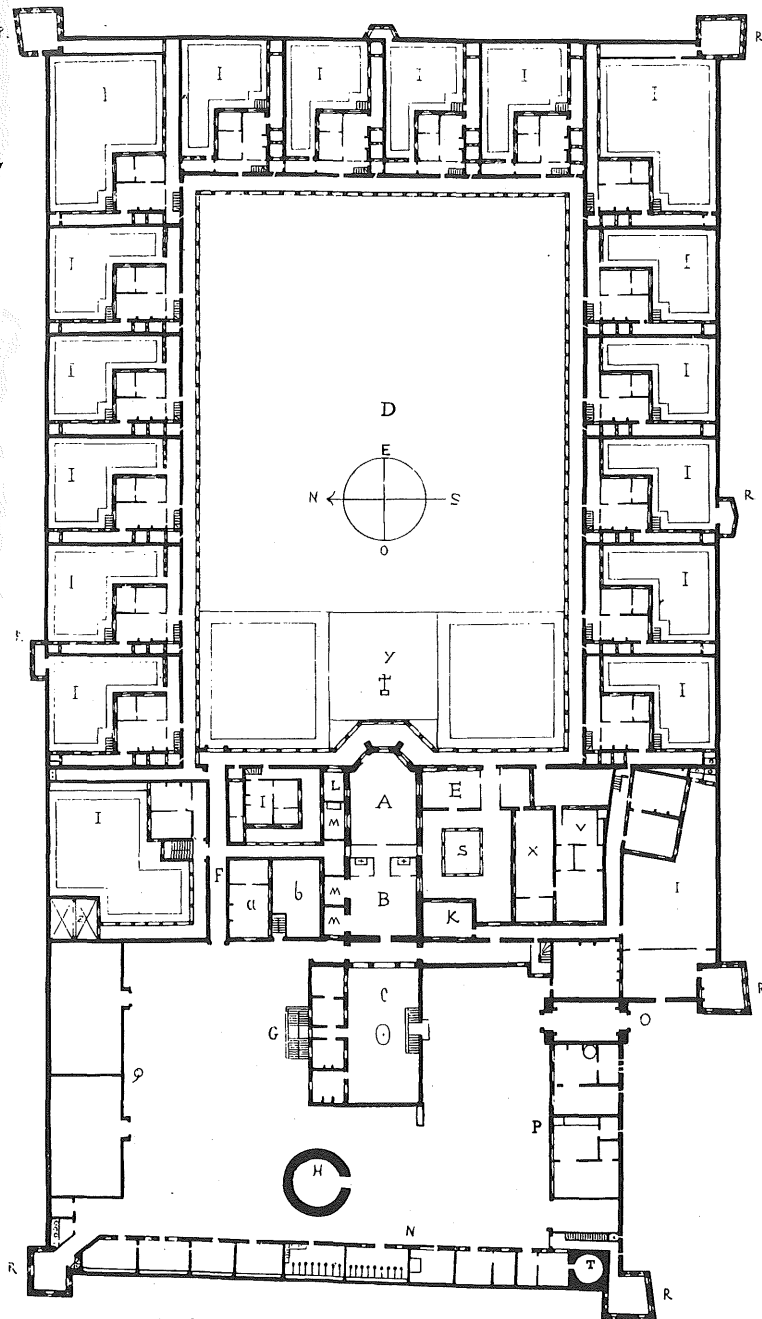
taron los bosques para introducir los pastos, de donde se obtendría la materia prima para la revolución textil, y más tarde horadarán los montes para extraer los minerales con los que suministrar los materiales básicos en la primera revolución industrial.

El «paisaje de la industria» hemos de convenir que se ha construido en gran parte como un espacio depredador del medio natural, hasta tal punto que hoy queda en entredicho si la aceleración de tal progreso, no ha rebasado los límites del ecosistema que habitamos. Como orientarse ante una serie de pares enfrentados, tan viejos como la existencia del mundo, pero tan gravemente deteriorados como la historia nunca he hecho patente. Naturaleza versus Ambiente transformado, Naturaleza (v), Artificio, Medio Ambiente (v), Proceso tecnológico.... secuencia de pares que de alguna manera configuran el futuro de nuestro entorno, su realidad física y las posibilidades de vida.

Ante este dilema surge elocuente la pregunta, ¿qué hacer con la aceleración de tal progreso?; ¿para qué sirven los materiales legados por la historia?; ¿cómo utilizar el patrimonio histórico-artístico?; ¿qué paisaje podemos reconstruir con estos testimonios y las necesidades de nuestras propias biografías?; ¿cómo adecuar medio natural y transformaciones tecnológicas?; ¿cómo equilibrar naturaleza e innovación? Intentando una aproximación a estas cuestiones, señalaba yo en 1977 (Patrimonio



27



Histórico Artístico y Cultura de Masas. Suplemento de las Artes, El País, julio de 1977): «No será difícil advertir que uno de los debates más próximos en el panorama de la política cultural del país, estará circunscrito a dos frentes muy precisos y no siempre bien analizados en la dinámica de las sociedades industriales y tecnológicas de nuestro tiempo. Se hace cada día más evidente la crítica ecológica, cuyos presupuestos de recuperación naturalista van a incidir con un significado de mayor trascendencia, que muchos de los presupuestos ideológicos sustentados por el juego de los partidos políticos en la conquista del poder». Junto a estas fuerzas de crítica y acción ecológica, surge en la construcción del «nuevo paisaje», un fenómeno característico del proceso de urbanización y que se inscribe como apartado complementario dentro de las culturas tradicionales, religiosas, humanísticas, científicas, y es el concepto de cultura de masas, clasificado por algunos sectores académico de la sociología contemporánea, como una cultura de tipo terciario, en muchos lugares aún en formación.

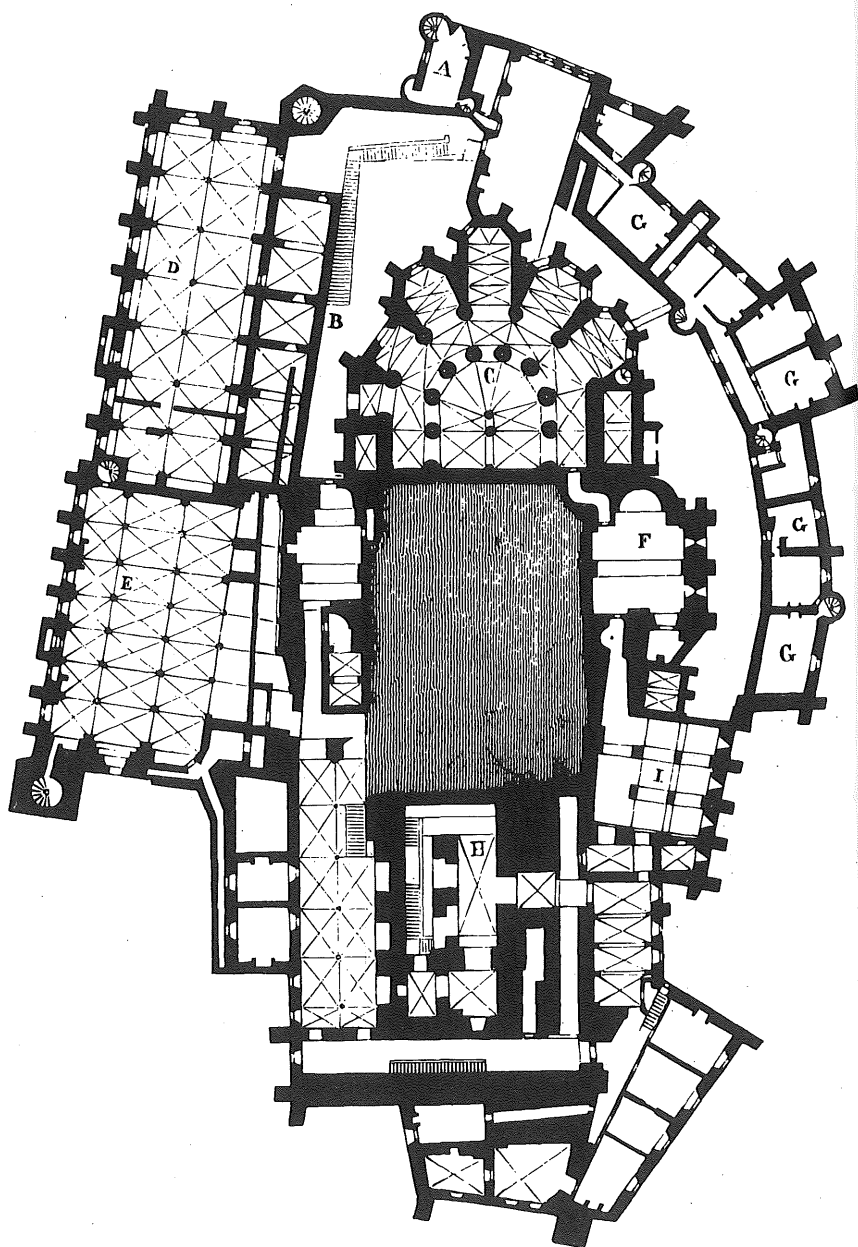
La interpretación del nuevo paisaje, la incidencia sobre el medio natural, el uso del patrimonio histórico construido, representará en el futuro por parte de esta cultura de masas una fuerza de gestión y acción política muy definidas, sus dimensiones y alcance apenas se pueden advertir por el momento, pues evidentemente no son las crónicas eventuales de manifestos

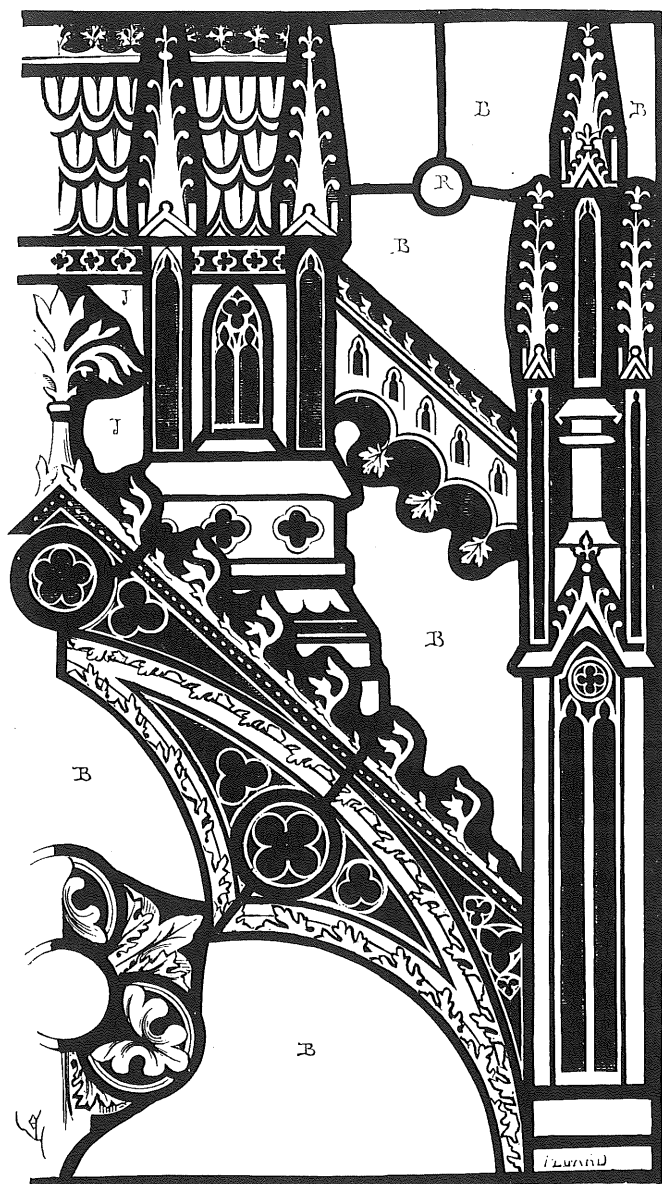
aparentemente contemplativos o nostálgicos del medio natural, sino su verdadera dimensión antropológica la que encierra su auténtica presión.

Nada por tanto debe extrañar que en sus programas aun de manera imprecisa aparezcan con prioridad la lucha por recuperar el nivel de subsistencia el ecosistema natural y la ocupación como espacio habitable de los reductos del patrimonio histórico. La lucha contra la construcción de centrales nucleares, el voto ecológico, los grupos de gestión urbana, la sensibilización en torno a la destrucción de edificios y recintos monumentales, la defensa contra la ocupación industrial indiscriminada, el control sobre vertidos en las cuencas fluviales..., son entre otros, síntomas notorios de una reivindicación por ser protagonistas en la construcción de un paisaje más racional y equilibrado frente al medio natural.

Estamos, pues, ante una revolución que acogida bajo los esquemas culturales de nuestra época trata de equilibrar y potenciar los instrumentos de intervención en el medio natural y el construido por el hombre.

Nuestro patrimonio natural, histórico, arquitectónico y cultural, adolece de una inercia de siglos que le ha sumido en una falta de iniciativa recuperadora, de una manifiesta indigencia económica, a esto se debe añadir una deformada conciencia popular, con una simplificación elocuente en la





interpretación del concepto de patrimonio histórico. Deformación que permite asociar lo nuevo como un signo positivo de progreso y contempla lo antiguo, como ámbito de lo degradado, lugar inasequible para ser habitado o monumento privativo del patrimonio público, situaciones todas que concluyen en una verdadera exclusión de estos lugares, y de la utilización de estos ámbitos como espacios que permitan la coexistencia de una cultura técnica y las demandas de una sociedad civil evolucionada.

Se hace, por tanto, necesario una revisión global de algunos conceptos y criterios mal precisados para un uso más adecuado, enriquecedor y creativo de nuestro patrimonio histórico-artístico en la vida y la cultura actuales. He aquí algunas precisiones de carácter general.

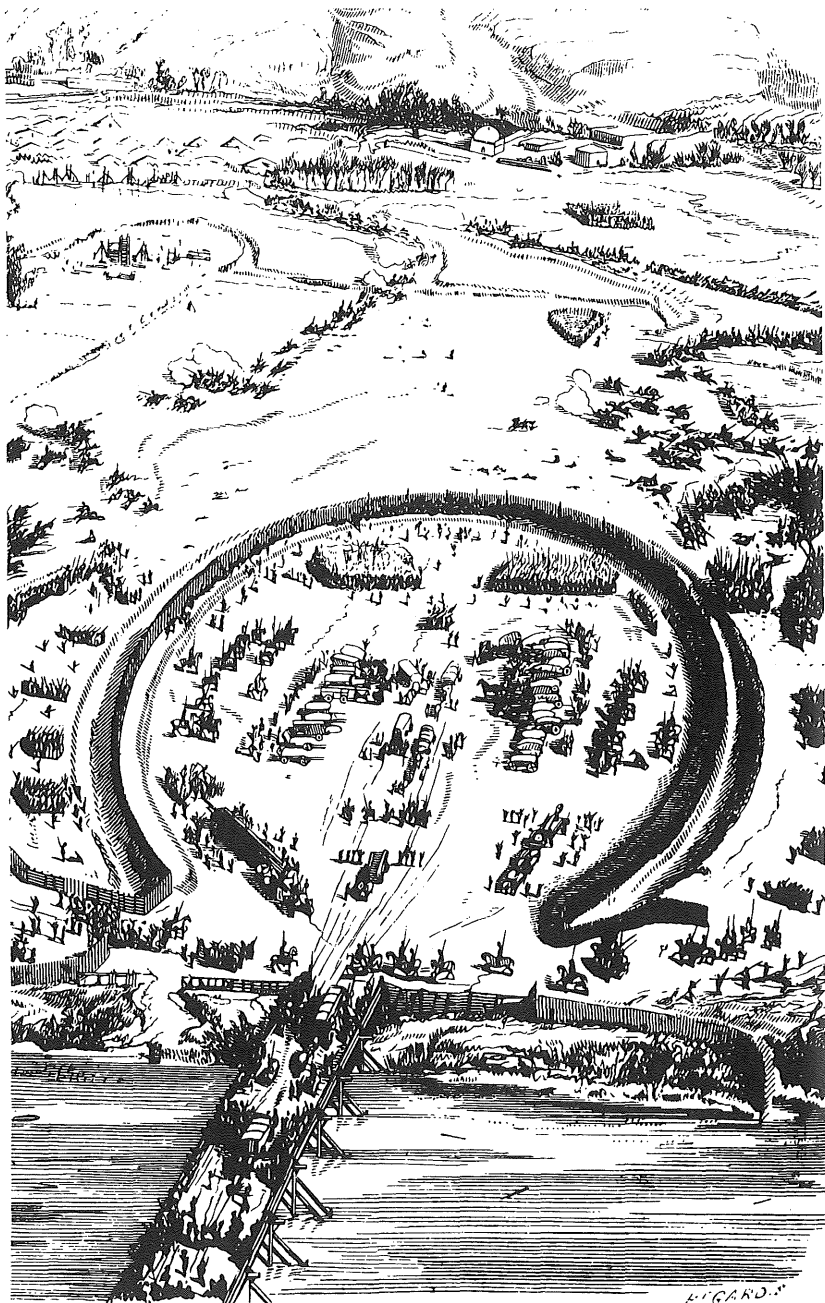
### El concepto de bien cultural

Debe venir interpretado a luz de las revelaciones que sobre su contexto ha hecho patente el arte contemporáneo, es decir, el bien cultural como función de una necesidad pública. Los bienes culturales existen al margen de las decisiones administrativas, son bienes por su propia esencia, son independientes de su categoría y no todo lo antiguo puede ser considerado como un bien cultural. Los encuadres legales que tratan de normalizar y reglamentar los

bienes culturales, son rescoldos que aun perviven de una mentalidad unificadora del estado liberal, y hoy resulta difícil establecer una norma que permita definir y acotar tal concepto, dificultad jurídica para acotar un centro histórico, dificultad temporal para justificar el vínculo temporal, cincuenta o cien años, dificultad en fin para establecer su calidad...

### La cultura como paradigma de la política

No parece oportuno seguir hablando de política cultural, porque esta política, así entendida es la que realizan los hombres de un determinado partido, será más genuino plantear los esquemas de la política de la cultura abierta a la libertad de expresión como primer principio, política creada, construida y producida por los hombres de la cultura. A la acción intelectual se le debe proporcionar un campo de trabajo alejado de adhesiones y filiaciones, donde esta acción pueda desarrollarse con postulados de principios innovadores que haga posible relacionar contenidos sociales y bienes culturales, que permita verificar en definitiva el discurso de la conciliación, entre lo antiguo y lo nuevo, entre la cultura moderna y el patrimonio histórico-artístico, discurso aún por resolver de un modo global en nuestro tiempo.



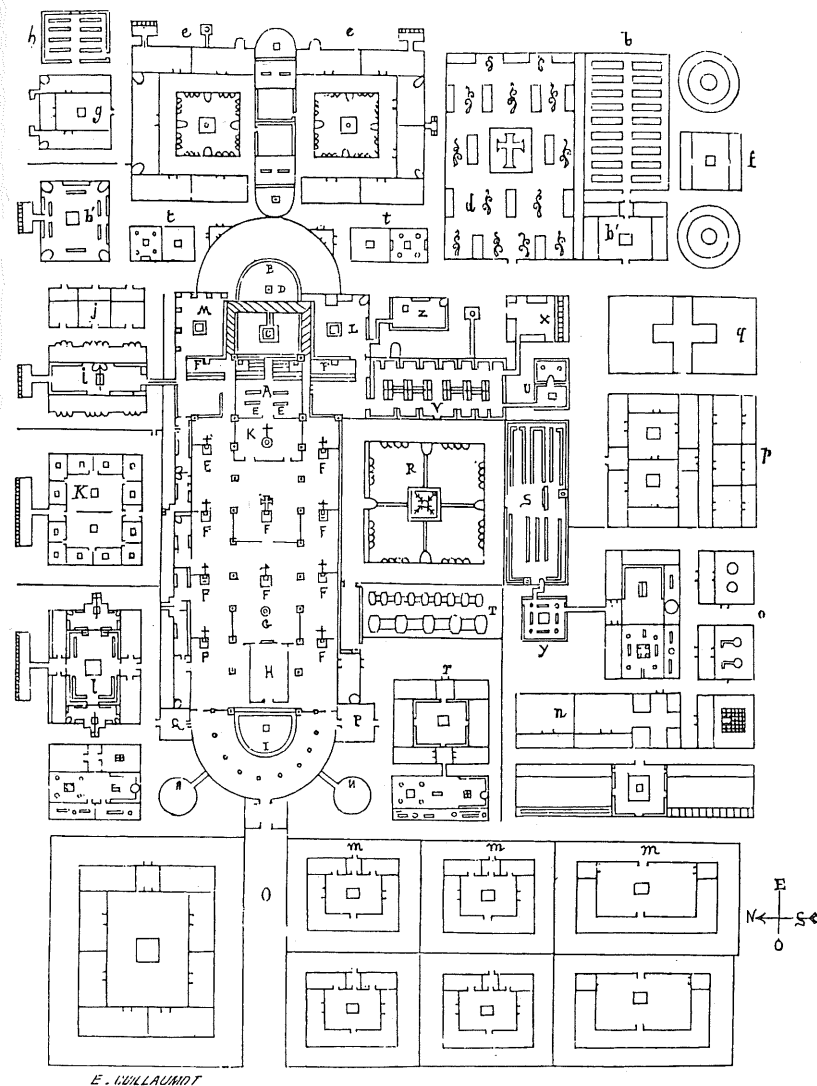
## Conservación activa del patrimonio

Es hora de superar la visión reduccionista que valora el patrimonio histórico-arquitectónico como una oferta turística para incrementar la balanza de divisas, desarrollando o amparando los bienes culturales como factores de bienes mercantiles o programando opciones rehabilitadoras mediante analogías, que hacen coincidir núcleos históricos de inflexión cultural con itinerarios turísticos, llegando a maximizar el axioma de que «lo bello se salva siempre que sea rentable».

Los espacios de la historia no pueden ser consolidados por los criterios de una política económica que intente utilizar estos espacios como los excedentes de la planificación capitalista de la ciudad e intentando consolidar estos lugares con presupuestos residuales, una vez que la expresión capitalista en la ciudad ha colapsado el crecimiento racional de la misma.

Se hace, por tanto, necesario formalizar primero una filosofía sobre el espacio consolidado de la historia, sobre sus fines y usos, y el papel que estos espacios han de jugar en el contexto de la modernidad urbana, impidiendo al mismo tiempo una orientación cada día más elocuente de recuperar la historia en lo que concierne al espacio, como un nuevo material de producción inmobiliaria de la ciudad.

Muchas de estas reivindicaciones serán posibles mediante una refor-





ma y posterior culturización de los entes locales, facilitándoles una mayor capacidad operativa y adecuándoles al verdadero roll, que deben asumir los municipios en estas fases de construcción de la ciudad.

### **Estructura de la propiedad en el contexto del patrimonio histórico artístico-arquitectónico**

*La posible modernización del patrimonio edificado, pasa evidentemente por una valoración económico-social del vínculo de propiedad y su valor de permanencia.*

*Permanencia de una propiedad privada o pública que inmoviliza cualquier proceso de planificación adecuado a las nuevas necesidades del crecimiento de la ciudad. Permanencia de actividades incongruentes con el tiempo que vivimos. Permanencia de una cultura inactiva periclitada en usos y atrofiada en sus funciones. ¿A quién sirven los espacios de una propiedad tan elocuente como la de la Iglesia católica en nuestro país? Por señalar un ejemplo de los más significativos.*

*No existe una dimensión absoluta, ni una doctrina específica que por el momento permita desarrollar una legislación, si esta no viene enfocada por la de una reforma global del vínculo de propiedad y sin esta no será posible ninguna normativa urbanística para el uso*

*del patrimonio en beneficio de los nuevos colectivos urbanos. El panorama totalmente diversificado de la estructura de la propiedad en la que se encuentra el patrimonio histórico y arquitectónico es, sin duda, uno de los factores radicales que impide su revitalización tanto espacial como temporal de estos lugares.*

*Estas consideraciones evidentemente no son las únicas, pero sí se manifiestan como parámetros fundamentales. Ordenar la política de la cultura. Abordar los principios de una conservación activa del patrimonio. Precisar los criterios de los bienes culturales. Configurar las nuevas estructuras de la propiedad patrimonial de lo histórico-artístico y arquitectónico, son materiales ineludibles para poder abordar la espacialidad global de la ciudad. Pensamiento arcaico y pensamiento contemporáneo, no reproducen espacios antagónicos, son fragmentos en el discurrir de la inteligencia del hombre sobre la ciudad que han configurado el topos y el logos, el lugar y la razón. Encontrar la razón del lugar parece ser el reto elocuente de nuestra época, sin ellos se hace imposible el espacio de la arquitectura, escenario de la vida.*

*La tesis general de lo expuesto, recoge por un lado la necesidad de entender el patrimonio histórico-artístico y arquitectónico como un material valioso para la continuidad de la ciudad contemporánea. La ciudad en transición sólo puede tener consistencia aceptando los valores de la ciudad*

*histórica que sin duda ayuda a reinventar la ciudad moderna a partir de la ciudad existente, aceptando incluso la destrucción que sobre el entorno urbano ha realizado el capitalismo monopolista en sus diferentes fases de producción del espacio urbano.*

*El «nuevo paisaje» a construir no puede diseñarse desde una actitud nostálgica hacia la ruina, pero tampoco podrá consolidarse sobre las ruinas que prevalezcan de un holocausto de la historia. Los cambios de costumbres, el impacto de las nuevas tecnologías, las nuevas formas de organización del trabajo... tienen un lugar en los rincones de la historia.*

*Una conclusión sí parece evidente, la planificación y la construcción del entorno habitable del hombre, reproduce en sus formas, los postulados programáticos del capital industrial y de los monopolios internacionales, el patrimonio histórico y la espacialidad modernas hacen patentes de forma dramática sus cualidades y atributos espaciales. Acometer cualquier aventura para rediseñar nuestro habitat, requiere un sentido de totalidad, y que sólo una nueva actitud tanto moral como crítica por parte de las nuevas colectividades, podrán instaurar frente al ambiguo y desolador talante del estado industrial moderno, estamos por tanto ante unas nuevas relaciones entre, MEDIO (naturaleza), HISTORIA (tradición) y PROGRESO (técnica) que sin duda reclama y necesita el modo de vida contemporáneo.*